

La rendija

FREDA ROMERO POLIFRONI*

Irene atravesó la avenida y entró al callejón más oscuro. Se acercó a las paredes y las tanteó en busca de una abertura, pero sólo halló una superficie lisa bajo la seda negra de sus guantes. Pensó que en ese rincón de la ciudad la noche era más triste, y al mirar hacia la salida del callejón aparecieron las luces de un carro del ejército, y sintió que la tierra había dejado de ser verde y negra y, ahora, sólo era cemento y luces eléctricas perforando el cielo.

Se quitó los guantes y acarició el muro como le habían indicado. Luego descendió hasta el borde del piso y encontró una rendija. La recorrió y percibió que crecía como si alguien, al otro lado, deslizará el muro. Se agachó aún más y oyó voces, después la respiración agitada de dos cuerpos, un jadeo y, de vez en cuando, una risita. Siguió con la yema de los dedos el curso de la rendija y advirtió que esta subía en línea vertical al final del muro. Por la abertura se escapó un rastro de luz y al asomarse divisó las cuatro patas de una silla y las piernas de dos hombres que apoyados en ella hacían el amor. Contempló los muslos vigorosos y blancos, las pantorrillas cubiertas con pantalones de paño negro, y los zapatos de charol también negros y brillantes. En el espacio iluminado, las piernas más largas luchaban en medio de las más cortas que cumplían la misión de aprisionar y flexionarse en señal de caricia. Irene contuvo la respiración hasta que los dos hombres se pusieron de

* Abogada, narradora, perteneció al Taller de Escritores de la Universidad Central. Con este cuento fue 1a. finalista en el Concurso Nacional de Cuento XI Festival Mundial de la Juventud.

pie. Luego vio sus manos afiladas y blancas cuando se agacharon para vestir los pantalones que habían quedado enrollados en sus tobillos. Después notó que se alejaban.

Irene se colocó los guantes y metió los dedos en la abertura, empujó con los hombros y los brazos, y el muro empezó a ceder, hasta que la rendija se convirtió en una grieta y por ella pasó. Entró en un salón inmenso, rectangular, con un piso de baldosines negros, impecables, y con paredes de un material muy blanco. Al fondo, encontró una lámpara incrustada en la pared alumbrando la totalidad del espacio, y en el centro, la silla que había visto a través de la rendija. Irene se acercó a ella y observó que era semejante a los asientos de honor que usaban los generales durante los desfiles, alta, de madera de cedro y fuerte. Caminó a lo largo del salón, y a pesar del grueso abrigo que llevaba, de las botas y de los guantes, la envolvió un frío distinto al de la calle. Colocó los brazos en cruz sobre el pecho, con las manos asidas a los hombros, y tuvo la sensación de que alguien la observaba. Miró hacia la esquina del salón y descubrió que la grieta se cerraba. Quiso moverse, pero sintió los pies aferrados al piso como si le hubieran salido raíces y estas estuvieran aprisionadas en las baldosas negras. Empezó a sollozar. Escuchó un crujido lento y giró la cabeza. Sus ojos castaños tropezaron con una puerta abierta. Por ella entraron tres hombres. Eran calvos, tenían un bigote delgado y pequeño, y vestían de paño negro y zapatos de charol. El corazón de Irene latió con más prisa. En seguida se presentaron, en hilera, más hombres, idénticos a los tres primeros, calvos y de baja estatura también, se sentaron en el piso y hablaron en voz baja. Irene creyó que eran cerca de treinta. Pasados unos segundos entró un hombre alto, calvo y con un bigote que bajaba más allá de la comisura de sus labios. Estaba vestido totalmente de negro, caminó junto a Irene y se sentó al fondo, bajo la lámpara. En el centro, la silla permaneció vacía. Irene comprendió que estaba frente al Gran Tribunal y que el último hombre que había entrado era su Presidente. Permaneció rígida.

El Presidente del Gran Tribunal dijo:

—Acércate. Y llamó a Irene con una de sus manos.

Irene reconoció su voz, la había escuchado minutos antes a través de la rendija, y ésta vez sintió el mismo desconcierto, la misma inquietud que había experimentado al oírla la primera vez. Los

hombres calvos guardaron silencio. Irene los observó, eran tan semejantes que le parecieron uno solo repetido en distintas posiciones. Caminó y pensó en su propio rostro, desencajado, lloroso, frente al rostro de cal del Presidente. Cuando estuvo a un metro de distancia de él, Irene no se atrevió a avanzar más. Sintió que las piernas se le desmoronaban y bajó la cabeza cuando el Presidente la miró de arriba abajo, con sus ojos pequeños y agudos, impenetrables como monedas negras.

—Siéntate —dijo el Presidente, señalando la silla.

Irene sintió miedo y en ese instante quiso desaparecer, pero pensó en su casa, ahora infinitamente vacía, caminó hasta la silla y se sentó. Los hombres calvos inclinaron la cabeza cuando el Presidente se puso de pie.

—Hace frío —dijo el Presidente.

—Sí, desde hace cuatro noches hace mucho frío —respondió Irene.

—¿Y bien por que has venido? —preguntó el Presidente.

La noche anterior Irené había fabricado muchas respuestas para esa pregunta, pero había imaginado que el Gran Tribunal era distinto, y ahora no sabía como responder, como empezar. Guardó silencio. Tuvo la impresión de que el Presidente quería escupirla, agredirla y cerró los ojos. Recordó los horrores que había oído de él, pero recordó también que sólo él tenía poder sobre la vida y la muerte.

—He venido a suplicarles —explicó Irene alargando las palabras—, a exigirles que me devuelvan vivo a Pablo.

—¿Quién es Pablo? —preguntó el Presidente.

—Sí, ¿quién es Pablo? —repitieron en coro los hombres calvos.

Irene los miró con rencor. Tenía tantas respuestas. Pensó en Pablo de las largas caminatas, en Pablo de las conversaciones interminables, en Pablo besando su vientre, pero pensó también en otro Pablo el que el Gran Tribunal sí conocía y ahora fingía haber olvidado.

—Es el joven que murió hace cuatro días en la frontera; el que llevaba la bandera blanca —apuntó Irene ya sin temor.

—Ah... —dijo el Presidente—, y nos decías que quieres que...

—Que viva nuevamente.

El Presidente hizo una mueca, abrió un poco los labios. Irene le vio los dientes pequeños y afilados y lo oyó decir:

—¿Pero para qué?

Irene inclinó la cabeza, se sintió agotada y habló en voz baja casi para ella misma:

—Para amarlo una vez más, para llenarme de su rostro y de su cuerpo, para curarlo de los dolores de la guerra, y enseñarle que no hay banderas blancas, que sólo las sábanas de nuestro lecho no mienten.

Es la primera vez que una mujer nos visita —dijo el Presidente—. Y el hecho nos divierte. ¿Verdad que nos divierte?

—Sí, nos divierte mucho —rieron en coro los hombres calvos.

Irene fijó los ojos en el techo. Y se sorprendió porque era de color rosado, y tan brillante que veía el reflejo de las cabezas calvas.

—¿Y si te complacemos que nos darás a cambio? —preguntó el Presidente.

Irene no escuchó la pregunta. Soñaba despierta con su infancia y con otros niños que jugaban a lanzarse una pelota, pero sólo ella sabía que la pelota era una cabeza calva, con unos ojos negros y pequeños y un bigote delgado.

—Sí, ¿qué nos darás a cambio? —gritaron los hombres calvos.

Irene regresó del patio de recreo y escuchó que el Presidente le decía:

—Tu sangre nos repugna, en cambio, por la leche de tus senos no sólo reviviría a Pablo sino que también pondría fin a la guerra.

— ¡Están secos! —gritó Irene apretándose los senos—. Usted sabe que desde cuando empezó la guerra ninguna mujer de la ciudad ha quedado embarazada y que aquellas que lo estaban dieron a luz niños muertos.

—Entonces lo lamento —dijo el Presidente—. Esa es la condición. Y se sentó en un rincón del salón, con la cabeza rígida y la mano derecha sobre la calva.

—Por favor —suplicó Irene.

—No es tan sencillo —le replicó el Presidente—. Si la silla en la que estás sentada hablara, contaría de cópulas y masturbaciones sordidas.

Sabrías que cada noche un visitante nos tributa con su semen a cambio de la vida de un ser humano, o de su muerte. Tu eres mujer y además estéril. ¿Qué podrías ofrecernos?, tu cuerpo no nos interesa, eres dueña de nada, ¿qué sacrificarías?

—Sí, ¿qué sacrificarías? —preguntaron los hombres calvos.

—Mis fantasías —dijo Irene— Son lo único que poseo.

Los hombres calvos soltaron una carcajada, y uno de ellos caminó hacia Irene y cuando estuvo cerca a ella le dijo:

—Toma.

Irene miró la mano del hombre. Sobre la palma llevaba extendida una medalla, era dorada y traía asida una banderita compuesta de tres franjas, una amarilla, otra azul y otra roja. Reparó en la mano del hombre, blanca, pálida, como cubierta de polvo. Vio su rostro y también sintió que era una máscara. Entonces afianzó las manos en la silla y lo escupió. El hombre salió corriendo y gritando, y los otros murmuraron fastidiados.

El Presidente permaneció impasible. Ajeno al incidente se puso de pie. Y como lo habían hecho la primera vez, los hombres calvos inclinaron la cabeza. Irene lo vio venir hacia ella. Observó sus ojos más pequeños, casi escondidos en la piel, los labios delgados que se contraían, el vestido de paño negro y los zapatos de charol, amenazantes. Cerró los ojos.

—A cambio de tus fantasías —dijo el Presidente—, te devolveré a Pablo por tres horas. ¿Aceptas?

Irene afirmó con la cabeza.

—Está esperando al otro lado del muro —dijo el Presidente, mientras le señalaba una grieta en la pared.

Irene se puso de pie y avanzó hacia la pared. A su paso, los hombres calvos se levantaron y salieron del salón por la puerta del fondo. "Al otro lado", pensó y acarició la rendija. Se quitó los guantes y sintió fiebre en las mejillas. "Al otro lado", volvió a pensar. Irene, metió los dedos en la rendija, pero la tapia no cedió. Los ojos se le nublaron. Se fue cayendo mientras arañaba la pared. Pensó en las mujeres de su ciudad, en sus compañeras, las vio sentadas en los andenes de las calles, con los senos hinchados, cargados de leche y, luego, en ríos blancos cruzando la ciudad, ríos que se desprendían de los pechos femeninos y se perdían en las alcantarillas. Volvió a sollozar.

—Irene —dijo una voz.

Irene reconoció la voz de Pablo. Levantó la cabeza y miró al centro del salón. Lo vio parado junto a la silla, con la desolación de los resucitados... Caminó hacia el y se abrazó a su cuerpo. Lo sintió temblar a su lado, le acarició la nuca, la espalda y luego le miró el rostro. Lo encontró cansado, envejecido, pero sin lágrimas. Lo ojos de Pablo estaban secos. Irene lo besó.

—Huyamos —dijo Pablo.

—Es la única salida —dijo Irene, señalando la puerta—, el muro está liso, sin ranuras. Irene siguió a Pablo hasta la puerta. Vio que ésta conducía a una escalera de caracol y no, como ella había imaginado, a un corredor largo, compuesto de galerías oscuras, impregnadas con la presencia aterradora de los hombres calvos.

—No quiero bajar— dijo Irene.

Pablo la tomó de la mano y la empujó un poco. Irene quiso acariciarlo, pero no lo hizo, guardó silencio y lo siguió con los ojos fijos en los escalones. Eran estrechos, de madera, casi suspendidos en el aire, incrustados en las paredes, sólo la tabla para posar los pies, y con vacíos infinitos. Descendieron despacio. Al principio la claridad del salón llegaba hasta la escalera, pero a medida que bajaban todo se iba oscureciendo, y la poca luz que había provenía del fondo. Los muros eran lisos y húmedos, cubiertos con jeroglíficos indescifrables.

Irene se detuvo y dijo:

—Regresemos.

Luego miró hacia arriba. La puerta estaba ya muy lejos, y sentado en el primer escalón estaba uno de los miembros del Gran Tribunal. Irene se sentó.

—Era mejor estar muerto —dijo Pablo y escondió la cabeza entre las manos.

—Lo sé —dijo Irene—. Creía que podría rescatarte de la muerte, pero me equivoqué. Regresaste de ella más angustiado, más sólo que antes y vas a marcharte igual.

—Ven —dijo Pablo—. Vamos a bajar un poco más. Tal vez, allá en el fondo, esté nuestra última esperanza.

Irene siguió bajando con los ojos fijos en la espalda de Pablo. Intentó tocarlo, pero lo sintió punzante, áspero. En un rellano de la escalera percibieron olores nauseabundos, pero siguieron bajando, sin hacerse preguntas, tomados de la mano, a veces abrazados y, finalmente, cuando tuvieron la sensación de haber penetrado en un albañal, se besaron. En ese instante escucharon el sonido del mar contra los muros de piedra.

Irene bajó un poco más y Pablo avanzó con ella. El aire ya no olía a plantas podridas, sino a algas marinas, era tibio, sugerente, y la escalera parecía morir en el mar.

Llegaron al último escalón y de ahí pasaron a un piso circular. Estaba iluminado, tal vez la puerta abierta, pensaron. Más allá del círculo encontraron un túnel. Avanzaron por el, pero estaba inclinado y húmedo, descendieron un poco hasta que el agua les llegó a los tobillos y se quedaron quietos.

—Regresemos —dijo Pablo—. Estamos bajo el nivel del mar.

Se devolvieron y al llegar al círculo, Irene se sentó en un rincón. Pablo se acercó a ella y le desabrochó el abrigo.

—Sabía que estabas desnuda —dijo Pablo. Y le besó los pezones rosados. Luego colocó la mano sobre el pubis empapado y la besó en el oído.

Irene desnudó a Pablo, se tendieron sobre el abrigo negro, y fueron piel y cabellos, boca húmeda, brazos cansados, Irene construyendo fantías y Pablo cabalgando en la desesperanza.

Cuando sus cuerpos regresaron, vieron una rendija en el muro. Pablo caminó hasta ella y empujó. El muro se desprendió un poco. Irene se levantó y juntos corrieron la pared. Contemplaron, entonces, un gran vacío y abajo nubes muy blancas, como si el edificio estuviera suspendido en el aire.

—Saltemos —dijo Irene.

—Es un espejismo como el mar —dijo Pablo—. La salida está arriba. Si la grieta se abrió para que tu entraras, se abrirá como todas las noches para que otros entren.

—No hay salidas —dijo Irene—. Nos queda poco tiempo. Saltemos.

Pablo cerró la grieta y abrazó a Irene.

—Ayúdame —dijo Pablo—. Redímeme por última vez.

No se vistieron. Subieron desnudos por la escalera. Irene escuchó que la madera crujía, miraron hacia abajo y los escalones anteriores se deshacían, iban cayendo en pedazos. Subieron con más prisa. Descubrieron que cada escalón que pisaban se partía, y así

la escalera iba desapareciendo a su paso. Corrieron por la que aún se alzaba ante ellos, miraron hacia abajo y el piso circular estaba cubierto de trozos de madera. Llegaron al primer escalón, saltaron y sólo quedó el abismo.

En el salón rectangular sólo estaban los pisos negros y las paredes tan blancas como la piel del Presidente, y en el centro, la silla. Irene se sentó en ella. Pablo empezó a escudriñar las paredes, poseído por una angustia que salía de él como los brazos de un pulpo y agredían a Irene.

Irene entonó la canción que Pablo le cantaba al llegar a su casa: "en la casa de Irene se sueña, se canta, se bebe...".

Pablo siguió buscando. Irene cantó con más fuerza y llorando volvió a repetir:

"en la casa de Irene se suu-sueñase-ama-se-llora..."

Entonces vio que Pablo se deslizaba por el piso y hundía los dedos, en vano, en las ranuras de las baldosas.

—Sólo hay una rendija —dijo Irene—. Tal vez por ella puedas pasar al otro lado y me llesves contigo.

Pablo levantó la cabeza y preguntó:

—¿Cuál es?

Irene abrió ligeramente las piernas y con la mano sobre el pubis, dijo:

—Esta, la eterna, la inmortal.

Pablo se levantó, se acercó a Irene y le besó las piernas desde los pies hasta los mulos, como si a cada instante se acercara al túnel buscado y tantas veces soñado. Luego hundió sus labios en el pubis de Irene y con la lengua acarició pliegues, atravesó muros, derribó delgadas paredes de piel.

Irene inclinó la cabeza hacia atrás, penetró un pozo de aguas subterráneas y vio un pez gigantesco, de colores brillantes, navegando hacia ella. Sintió que las tres horas morían y gemió:

—Más, más —mientras hundía la cabeza de Pablo entre sus piernas.

Notó que la habitación se tornaba rosada y acarició en ese instante las estrellas.

—No te mueras —gritó Irene.

Luego lanzó la cabeza hacia adelante para besar a Pablo, y su pelo castaño cubrió la cabeza calva del Presidente que se estremecía sobre su pubis, humedeciéndolo. Miró a su alrededor y descubrió los cuerpos desnudos y las cabezas calvas de los miembros del Gran Tribunal copulando con sus fantasías.

—Al otro lado del muro está muriendo Pablo —pensó Irene.

Y cerró los ojos.